

## CONCLUSIONES

El sentido de la naturaleza visionaria de los relatos que hemos estudiado es reafirmar la necesidad de *renovación*: la importancia de aceptar un momento de “muerte conceptual”, es decir, un momento en el cual *dejamos de ser lo que somos*, pero para poder *ser algo nuevo* (como lo explicaba Patrick Harpur).

Podemos ahora comprender con más precisión el comentario de Mario González Suárez en cuanto a que Francisco Tario busca la destrucción del mundo en que vivimos para construir *otro* acorde con la naturaleza humana. Nada más apartado del miope y lineal razonamiento (muy típico de la mentalidad occidental, por cierto) de que “destrucción significa final definitivo”. El pensamiento de Tario es como los universos que describe: sin formas ni límites, es decir, *universal*, y es gracias a ello que acierta a reconocer un concepto *cíclico* de la vida, y no uno lineal como el descrito en la frase anterior.

Abandonar los paradigmas caducos, de escasa utilidad en la realidad de la vida y, por extensión, únicamente *enajenantes* en cuanto a función y efectos, sí constituye una forma de “muerte”, porque incuestionablemente implica *dejar de ser*. Sin embargo, resulta absurda la deducción de que esa “muerte” significa caer en la “nada”. La misma ciencia, recurso que ese tipo de discursos impositivos y cerrados tanto gusta de utilizar para “fundamentar” sus falacias, se constituye en este punto en uno de sus detractores, en razón de que, tan solo a nivel material, ha comprobado sobradamente que ni la materia ni la energía se destruyen, sino que se *transforman*. Si ese panorama está presente en el plano material y tangible, tendríamos que sus posibilidades han de ser *incalculables* en otras esferas del ser y del universo.

Tario expone con contundencia cómo cualquier paradigma (no sólo los occidentales, aunque éstos constituyen su marco de referencia por simple proximidad) que caiga en la tentación y la pretensión de erigirse como “eterno” o “definitivo”, eventualmente se vuelve no digamos caduco, sino lastrante, *enajenante*: se convierte en un *parásito* de la sociedad en la

que predomina en lugar de servir como *medio* para facilitar la vida. En razón de lo anterior, reiterando, advertimos la *necesidad* de experimentar etapas en el *limbo*, recordando el término de González Suárez: es necesario atravesar etapas de *no ser*, y no olvidando que se trata de *etapas*, es decir, momentos con un principio y un final, que de ninguna manera se amoldan al concepto *fatalista* y de carácter *intrascendente* que le atribuye Occidente.

Esto no constituye más que un argumento para magnificar el consabido *dolor* que produce el cambio (situación que se hace patente en los dos relatos analizados), y así distraer la atención de los beneficios que genera, todo con la finalidad de fortalecer el frágil y estridente argumento en favor de una “eternización” *artificial* y *alucinatoria*. En razón de este punto hasta me permito aventurar que, tan solo en el terreno *moral*, la cuestión sobre el año 2012 de la que tanto se habla recientemente no resulta en absoluto descabellada: con sólo contemplar el *caos* y el *sinsentido* (eufemísticamente denominado “posmodernidad”) que predomina en todos los estratos “civilizados” de la humanidad es más que suficiente para reconocer que *esta cultura está muriendo*, pero se resiste neciamente a aceptar la inminencia de esa muerte y, por consiguiente, la necesidad de *renovarse* para volver a ser fecunda, y eso si nos podemos permitir considerar que Occidente alguna vez lo fue, más allá de lo que significó el Renacimiento (etapa muy acertadamente denominada de ese modo).

En el terreno literario, Francisco Tario predica con el ejemplo la importancia y la necesidad de aceptar una renovación, lo cual podemos constatar recordando los apuntes de González Suárez y José Luis Martínez: al ser *demiurgo de sí mismo*, al haber *creado una nueva tradición* en las letras en lugar de convertirse en un simple pastiche *enajenado* por una tradición literaria motivada por simples intereses políticos, Tario se convierte en *creador de esos nuevos mundos* que tanto ansía contemplar. ¿No hemos visto acaso cómo sus cuentos, al menos los aquí estudiados, son prueba contundente de ello? No sólo son mundos nuevos, sino que además son mundos que realmente consiguen beneficiar a la naturaleza humana.

Tario busca con ello destacar que los paradigmas son para el hombre, y no el hombre para los paradigmas. El conjunto de ideas, conocimientos y actitudes que predominan durante cierta *etapa de la historia* (como señalaban Carilla y Alazraki) tienen como único y *razonable* propósito ayudar al ser humano a que su vida sea más fecunda y armónica con respecto del entorno en el que está inscrito. Recordando aquí la propuesta de Nietzsche, esto significa *conocer con tanta profundidad el mundo para mejor integrarse en él*, es decir, alcanzar el estado dionisiaco. El error que con tanta frecuencia observamos y que a tanto caos conduce, es distorsionar la naturaleza de tales paradigmas hasta convertirlos en *fetiches*, en lugar de mantenerlos como *caminos*: se les considera “la verdad” y no un *medio de conocimiento* de la verdad, deviniendo esto en la actitud de “ya se conoce todo y no queda más que investigar”. Tario denuncia también con furia la *pusilanimidad* que constituye el verdadero fundamento de dicho juicio: *pusilanimidad ante el misterio perpetuo que el cosmos constituye para una naturaleza tan pequeña como la humana*.

Nuestro autor rescata, en definitiva, *la realidad del misterio*, y con ello también le restituye su valor a la *vida* misma: al ser el propio cosmos un misterio, y la vida y la naturaleza humanas *parte* de ese mismo cosmos, tenemos por conclusión que *el ser humano también es un misterio*. Por lo tanto, es también necesario tener ojos y mente abiertos, *estar despiertos* como mencionaba Meyrink, para así reconocer cómo por causa de este carácter misterioso, *no debe resultar sorprendente* ninguna posibilidad en cuanto a su comportamiento y sus fenómenos. Aquí podemos comprender a qué se refería Cortázar y a Kafka en el sentido de que lo fantástico se halla dentro de nuestra propia realidad.

Recordando también a lord Callander, tenemos entonces que una vida *plena y fecunda* sólo puede alcanzarse cuando la mente es capaz de reconocer que *nada es verdad y que todo está permitido*: que cualquier posibilidad, por insólita que sea, tiene cabida dentro del universo y en él *no existen exclusiones*. Siendo así, ninguna forma de interpretación (por

concisa y coherente que parezca) se puede arrogar el “derecho” de categorizar lo que es “posible” o “imposible”, es decir, de “ordenar” el cosmos y sus manifestaciones. Esto se debe a que tales sistemas de interpretación se construyen *después de* contemplar los hechos, y no son éstos los que se amoldan a los primeros como si ellos fueran sus leyes (*máscara* que la ciencia y la razón intentan imponer). En otras palabras, dichas ideas *se deducen* a partir de que los hechos ocurren en la realidad, y no son ellas las que *conducen* a la manifestación de los hechos. Por lo tanto, tenemos entonces que cualquier conocimiento, en razón de los *límites naturales* del ser humano, siempre es *fragmentario*, siempre está *incompleto*: el *misterio* nunca termina por ser resuelto.

En seguimiento de lo anterior, Tario también se vincula con Nietzsche en lo que respecta a otra de sus aportaciones fundamentales: la revalorización del *arte* como medio de conocimiento, en lo cual vemos también confirmada la teoría de Alazraki en cuanto a la consideración de lo neofantástico como alternativa gnoseológica. Éste constituye otro ejemplo de cómo ninguna categorización puede darse, *razonablemente*, como unívoca y definitiva, ya que en un universo donde cualquier posibilidad es válida, y del cual la naturaleza humana es *parte* y no *creadora*, es imposible que pueda abarcar la totalidad de la verdad.

La siguiente parte de la moraleja que estas *visiones tarianas* nos transmiten es que, en razón de las circunstancias descritas, el verdadero sentido de la vida es *continuar la búsqueda*, continuar conociendo: el propósito de dicha búsqueda es, como hemos insistido a través de este estudio, *ella misma* y no un término definido y concreto. En los cuentos que analizamos hemos observado la importancia de esta toma de consciencia: Cynthia Callander y el dueño del perro amarillo necesitan comprender que el significado de su experiencia, lo que ha constituido su rutina hasta cierto momento, no es otra cosa que haber atisbado un *fragmento* del “gran día” kafkiano, pero de ninguna manera su esencia definitiva. Para poder mantenerse próximos a él es necesario que ellos mismos, *por su propia acción*, se encaminen en dirección

suya. Esto implica, de nuevo, admitir la necesidad del *cambio*: aceptar la inevitabilidad de experimentar ni siquiera una, sino *varias* muertes (de sus paradigmas presentes) para poder *renacer* y, así, mantener la armonía con la vida.

El “gran día” no es ese “paraíso” idílico descrito en las ingenuas imágenes del cristianismo, sino el río de Heráclito: está en flujo constante y nunca es el mismo que fue hace un segundo. Son entonces los humanos quienes deben esforzarse por *sincronizarse* con él, y para ello se requiere *ser demiurgos de sí mismos*. Es necesario experimentar el limbo, el *vacío*, para así renacer todas las veces que sea necesario y con una visión renovada de la realidad.

Podemos ahora cerrar nuestro estudio mediante un “resumen ilustrado” del mensaje de estas *visiones tarianas*: un pasaje medular de otro relato también perteneciente a *Una violeta de más*, titulado “Un huerto frente al mar”. En dicho relato podemos encontrarnos con la que, acaso, sea la imagen más “mexicana” que Tario ofrece, al menos, en su última obra publicada en vida y que difícilmente podría agrandar a los ojos de ese sistema populista tan obsesionado con el “realismo”: la esposa de un marinero perdido en el mar, cuya rutina de vida es llorar y lamentarse constantemente por la pérdida de su marido. Dicha imagen no encarna otros paradigmas que el de la “sufrida” y “abnegada” mujer mexicana, sumisa y ciega devota de la figura masculina y “fiera” defensora del estereotipo cristiano-mexicano de la familia.

Su hijo, contrariamente a ella, da en algún momento muestras de querer seguir los pasos de su padre, a lo que ella se muestra cerradamente reticente: “¿Qué buscas?”, es la pregunta en la que concentra ella sus esperanzas de disuadirlo puesto que, de acuerdo con los *atavismos* que guían la mente de la mujer, la respuesta a dicha pregunta debería remitirse a un plano *tangible y definido*.

Sin embargo la mente de su hijo no se guía por los mismos parámetros: el *intuye* que la esencia de la búsqueda que pretende emprender es justamente *no saber* lo que busca.

Reconoce que es ella en sí misma lo que verdaderamente importa y no un propósito definido. De esta manera queda claro que el universo y la vida misma son la única eternidad *sana* que existen, es decir, el *misterio* es lo verdaderamente fecundo y no una entrada en un diccionario o una enciclopedia que enuncie su “verdad”.

La cuestión que queda ahora en activo es preguntarnos cuántos de nosotros estamos dispuestos a seguir a nuestro propio “Dreamer” o a nuestro propio “perro amarillo” en cuanto los veamos emprender la estampida hacia lo desconocido: ¿cuántos estamos dispuestos a *dejar atrás* la estéril seguridad de la rutina que conocemos y sólo centrar la vista en los horizontes desconocidos que aguardan más allá?